

El papel de los cuadros en la construcción de las células clandestinas de empresa. El caso de GIESA en Zaragoza. 1945-1958

The role of the cadres in the construction of the company clandestine cells. The case of GIESA in Zaragoza. 1945-1958

Cristian Ferrer García
Centro San Valero

Resumen

Este artículo analiza el papel fundamental que jugaron los cuadros del Partido Comunista de España (PCE) en la creación y consolidación de células clandestinas de empresa durante los años posteriores a la Guerra Civil Española. Se exploran las estrategias utilizadas por estos cuadros para organizar a los trabajadores, difundir propaganda comunista y convocar movilizaciones en un contexto de fuerte represión franquista. A través del caso de la fábrica de GIESA, se explica cómo los partidos políticos clandestinos operaban en el seno de las empresas españolas y cómo transmitieron una cultura obrera.

Palabras: PCE, células clandestinas, cuadros políticos, propaganda, resistencia obrera.

Abstract

This article examines the crucial role played by political cadres in the creation and consolidation of clandestine cells during the years following the Spanish Civil War. It explores the strategies used by these cadres to organize workers, disseminate communist propaganda, and call for mobilizations in a context of strong Francoist repression. Through the case of GIESA, we can better understand how clandestine political parties operated in the companies and how they extended a workers' culture.

Keywords: PCE, clandestine cells, political cadres, propaganda, workers' resistance.

Introducción

El objetivo principal de este artículo es, a través del estudio de caso de la organización clandestina del PCE en la fábrica de GIESA en Zaragoza, evaluar el papel que tuvieron los dirigentes a la hora de construir y organizar a los trabajadores de la fábrica. El caso de GIESA es particularmente interesante para este fin ya que se corresponde con la fábrica con mayor tejido organizativo del PCE en la ciudad, contando con un número amplio de células y militantes para las condiciones de clandestinidad en las que se desarrolló dicha organización. Desde la sociedad zaragozana de la época se percibía a la empresa GIESA como una de las empresas ejemplares a la hora de la concesión de derechos y mejoras para los trabajadores, especialmente para los aprendices, algo que desde la propia plantilla veterana servía para justificar el riesgo que suponía la lucha sindical y el conflicto obrero. Esta predicación con el ejemplo unido a la conexión con la cultura de lucha obrera de pre-guerra sirvió a los cuadros dirigentes para granjearse un amplio apoyo a la plantilla y ser de las primeras empresas zaragozanas en las que desde el PCE se consiguió ganar el puesto de enlace sindical.

A través de diversas entrevistas a trabajadores de la fábrica, obtenidas todas ellas del Archivo Histórico de las Comisiones Obreras en Aragón, y la puesta en relación con estudios comparativos en otros ámbitos se ha tratado de tejer una propuesta interpretativa que explique cuál fue el papel de los cuadros políticos de base a la hora de articular la organización en un contexto de clandestinidad y represión fascista como fue el caso de la España de posguerra. Para ello, recurriendo a los mismos autores clásicos que servían para estudiar el papel de la conexión de los cuadros dirigentes con las masas, la construcción de las organi-

zaciones clandestinas y la extensión de la conciencia de clase, durante las siguientes páginas trato de acercarlas al contexto de esta fábrica que fue un modelo no solo de condiciones laborales sino también de organización de clase y de protesta obrera.

De esta manera y para facilitar al lector la extracción de conclusiones y la crítica, que siempre será bienvenida, he decidido articularlo en tres partes diferenciadas. La primera de ellas es un asentamiento teórico sobre cómo se da el proceso de atomización tras la derrota del bando republicano en la guerra civil y la desconexión experimentada por un gran número de células del Partido Comunista de España y, sobre eso, cuáles fueron las elaboraciones teóricas que hicieron algunos ideólogos marxistas, de manera muy resumida, sobre las vías de actuación para extender la organización en un contexto de especial dificultad para sus dirigentes. La segunda es una síntesis sobre la llegada de la empresa GIESA a Zaragoza y su percepción por parte de la sociedad zaragozana, tanto por parte de la burguesía interesada en el florecimiento de la industria del metal como de las clases populares que veían con mezcla de recelo y admiración las condiciones de trabajo de dicha empresa. La tercera parte es una evolución sobre el proceso de organización y lucha que se da en la fábrica desde su fundación hasta la caída de 1958 de gran parte de la dirección del PCE en la empresa.

El papel de los cuadros durante la atomización orgánica de posguerra

Con el paso a la clandestinidad, fruto del triunfo fascista en la guerra civil española, las organizaciones políticas y sindicales experimentan una atomización al ver limitadas enormemente sus capacidades de conexión. En el caso del PCE, que fue la organización con mayor implantación te-

rritorial durante estos años y en adelante durante todo el franquismo, muchas células quedaban sin vías de comunicación con la dirección en el exilio y actuaban como células o bien durmientes a la espera de que se contactara con ellas desde el extranjero o bien autónomas actuando siguiendo el modelo de directrices que escuchaban a través de la Radio España Independiente - Estación Pirenaica, que comenzó a emitir en 1941 desde Moscú^[1]. Esta atomización involuntaria y totalmente ajena a la voluntad política de construcción y conexión militante que tenía el PCE, hizo que se generara una gran dependencia de los cuadros políticos que dirigían estas células ante la inseguridad y la dificultad de actuar por su cuenta con la represión franquista al acecho, una dependencia que se acrecentó con la entrada de nuevas generaciones de militantes jóvenes a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950^[2]. Así, la co-

1.- José Gómez Alén, «La Pirenaica: subversión en las ondas», en Rubén Vega (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias*, Gijón, Trea, 2002, pp. 93-142.

2.- Al respecto de la importancia de las visitas de los cuadros políticos a la hora de conectar a las células son numerosos los testimonios de protagonistas de la época que luego desarrollaron su trabajo en Aragón. Acerca de las conexiones que se establecen viniendo desde Francia recomiendo la lectura de Floreal Torguet, *Construir la libertad*. Zaragoza, Prames, 2012 siendo especialmente interesante ya que se ve la perspectiva del cuadro político que conecta a las células durante su periodo en Francia y también el del militante «desconectado» que espera la visita del miembro de la dirección a su llegada a Zaragoza para poder volver a la vida partidaria. También en Javier Delgado y Manuel Gil, *Recuerdo rojo sobre fondo azul*, Zaragoza, Mira, 1995 se explica el desarrollo del grupo de Felipe Tejero y de Antonio Rosel Orós por separado, mostrando el total desconocimiento que tenía la militancia de base de la existencia de otros grupos. También hay apuntes relativos al papel de militantes que se dedicaron a conectar células en Javier Delgado, *Uno de los nuestros. Memorias de un joven comunista 1969-1979*, Zaragoza, Mira. 2003. Sobre la conexión de grupos en el propio Aragón recomiendo la lectura de Miguel Galindo, *Reflexiones de un comunista*. Zaragoza, Gobierno de Aragón-Programa

nexión con el pasado de preguerra se mantuvo a través de la transmisión de una cultura militante que iba mucho más allá de la denuncia de las condiciones de trabajo en la España franquista y que permitió mantener un hilo rojo que conectó directamente el pasado reciente con las grandes movilizaciones que se produjeron en los últimos años del franquismo.

Tras el cambio de década, en Zaragoza, existían dos grupos principales de militantes vinculados al PCE. Uno de ellos estaba liderado por Antonio Rosel, quien organizaba a jóvenes trabajadores de los Talleres Florencio Gómez. El otro grupo, encabezado por Rafael Tejero y Miguel Ángel Sarría, era más heterogéneo y estaba compuesto por militantes principalmente pertenecientes a las profesiones liberales. Tras la huelga de 1951 en los Talleres Escauriaza, en la cual el grupo de Rosel desempeñó un papel relevante en el apoyo y la orientación del conflicto, Tejero y Sarría solicitaron formalmente la conexión entre ambas células, un proceso que se consolidaría a lo largo de los cuatro años siguientes.

En un informe fechado en 1955, dirigido por Antonio Rosel al Comité Central del PCE y que se encuentra en el Archivo Histórico del PCE en Madrid, se documenta la integración de las denominadas «células paralelas» de Tejero y Sarría. Sin embargo, Rosel aclara que, debido a divergencias políticas con los mencionados dirigentes, no había informado al resto de la militancia de esta conexión hasta estar seguro de su compromiso y lealtad^[3].

Este informe detalla la existencia de 63 militantes en todo Aragón distribuidos en

Amarga Memoria, 2008 Miguel Galindo era el encargado de la expansión en el mundo rural y se desplazaba con frecuencia para intercambiar información con las células y núcleos rurales del PCE en Aragón.

3.- Partido Comunista de España, 1955, Fondo Nacionalidades y Regiones, Caja 66, Carpeta 3.1, AHPCE.

21 células, la mayoría de ellas en empresas, como parte de una estrategia proselitista del grupo de Rosel que buscaba diseminarse en los centros de trabajo más importantes de la ciudad. Con el objetivo de fortalecer esta dispersión, muchos militantes abandonaron su empleo en los Talleres Florencio Gómez. Además, se contaba con 23 simpatizantes cercanos en distintos centros de trabajo, un grupo de 14 jóvenes destinado a formar la Juventud Comunista, y contactos en tres municipios de la provincia de Zaragoza, aunque sin establecer conexiones con Teruel y Huesca, que seguían funcionando de manera independiente.

Las células del PCE seguían organizándose conforme al manual de Pedro Checa, secretario de organización del partido durante la Guerra Civil. Este documento establecía la estructura organizativa del PCE, desde las células de base hasta los comités intermedios y superiores^[4]. La estrategia consistía en organizar pequeños grupos de no más de 10 militantes, siempre vinculados a un centro de trabajo específico. En fábricas donde la presencia comunista era más significativa, como en GIESA, se formaban comités de fábrica y las células se subdividían por turnos y secciones de producción. Esto permitía tanto una mayor eficiencia en el trabajo político como un incremento de la seguridad en el contexto de clandestinidad.

Este modelo organizativo, que priorizaba la actividad militante y exigía un alto grado de compromiso por parte de sus miembros, fue sustituido en 1976 por un nuevo sistema basado en agrupaciones organizadas por circunscripciones electorales. Este cambio debilitó la influencia que el PCE ejercía entre los trabajadores de los centros de trabajo y disminuyó la capacidad de estos para incidir en la vida diaria del partido.

4.- Pedro Checa, *Qué es y cómo funciona el Partido Comunista*, Alicante, Ediciones Europa-América, 1937.

En los últimos años, varios autores han cuestionado la visión tradicionalmente aceptada por la historiografía respecto a la cesura total que supuestamente marcó el primer franquismo en el movimiento obrero. Aunque es evidente que la conflictividad obrera se redujo drásticamente debido a la represión generalizada y la desarticulación de los movimientos de oposición, la realidad es más compleja. La represión, unida al contexto de desmovilización forzada, limitó las protestas a pequeños estallidos localizados en áreas con una fuerte tradición de movilización. Sin embargo, lejos de desaparecer, el movimiento obrero entró en una fase de acumulación de fuerzas, adaptándose a un entorno mucho más hostil que el que había experimentado anteriormente.

Investigaciones como las del profesor Xavier Doménech^[5], centradas en el área de Barcelona, y las de Rubén Vega^[6], que abordan los conflictos en la minería asturiana, han proporcionado valiosa información y testimonios que evidencian las conexiones entre los trabajadores veteranos. Estos estudios no solo documentan los vínculos intergeneracionales, sino que también ofrecen un análisis teórico de la

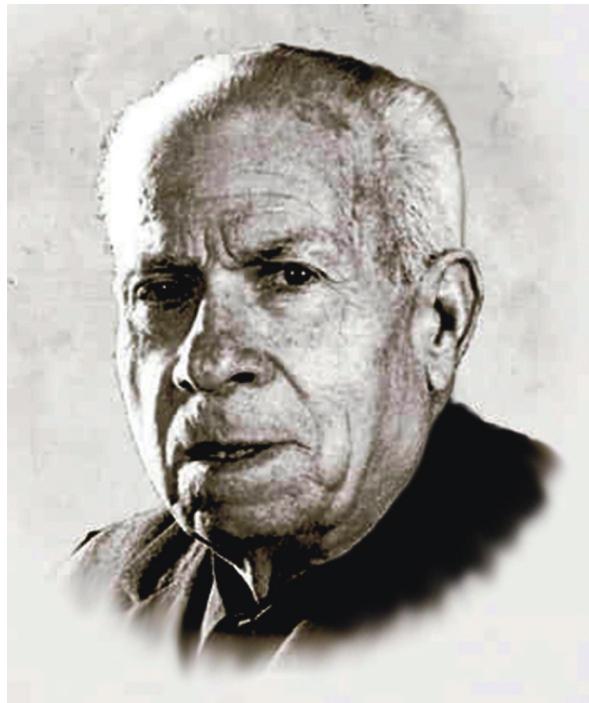
5.- Recientemente se ha publicado una actualización de su profusa investigación sobre la clase obrera durante el franquismo y su toma de conciencia en el libro Xavier Domènech, *Lucha de clases, franquismo y democracia*, Madrid, Akal, 2022. A este libro, que sirve de síntesis, se le suman un gran número de artículos y publicaciones que perfilan y amplían el papel de la clase obrera, especialmente en Sabadell, en el desarrollo de la oposición al franquismo.

6.- Aunque son especialmente relevantes las publicaciones coordinadas acerca de los efectos de las huelgas de 1962, Rubén Vega (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias*, Gijón, Trea, 2002 y Rubén Vega (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, Trea, 2002, me gustaría destacar un artículo que muestra una gran erudición y que sigue siendo de plena vigencia en la actualidad: Rubén Vega, «Instinto de clase y resistencias obreras en Asturias bajo la dictadura franquista», *Revista Mundos do Trabalho*, 11, vol. 6 (2014), pp. 225-252.

importancia del contexto específico en el que se desarrolló esta nueva generación de obreros. Doménech y Vega destacan cómo estos obreros recibieron una herencia cultural que, en muchos casos, fue transmitida en los mismos espacios donde trabajaban y vivían, subrayando el papel de los antiguos militantes como elementos politizadores clave para las nuevas generaciones.

En este proceso de transmisión cultural y organizativa, los centros de trabajo adquirieron un protagonismo especial. Los militantes veteranos, muchos de ellos forzados a la clandestinidad tras la cárcel o la represión, se convirtieron en figuras centrales en la reorganización del movimiento obrero, especialmente en las zonas industriales. En Aragón, figuras como Antonio Rosel en Zaragoza y Joaquín Saludas en Huesca fueron fundamentales para la revitalización del sindicalismo y la lucha obrera, especialmente durante la década de los cincuenta, incluso antes de que se sintieran los efectos del desarrollismo y de que el Partido Comunista de España (PCE) adoptara su política de reconciliación nacional y fueran quienes sirvieron para conectar con la nueva generación de militantes entre los que estarían los dirigentes comunistas de las células clandestinas de la fábrica de GIESA: Felipe Prat, Ramón Górriz y Manuel Machín.

En el proceso de reconstrucción de las células comunistas tras la guerra, especialmente con la desarticulación de gran parte de los focos de resistencia que perviven mientras hay esperanza de una incursión aliada tras la derrota de las potencias del Eje, juega un papel principal los dirigentes clandestinos que mantienen su militancia y alrededor de los cuales se constituyen las organizaciones territoriales. La situación de difícil conexión y comunicación, casi en exclusiva circunscrita por motivos de seguridad a los informes enviados por el dirigente territorial al exterior o por las



Antonio Rosel Orós, «El Abuelo» (Wikimedia Commons).

visitas que se hacen por parte de militantes en el extranjero, favorece unas dinámicas de atomización celular, organizadas férreamente en torno a al cuadro político de referencia. Esta construcción en contexto de clandestinidad de construir precisamente desde el centro de mando político hacia el exterior es la que favorece la germinación de estructuras organizativas en un contexto dictatorial y represivo. La restricción de comunicaciones, la capacidad de aislar a la militancia marcada por las fuerzas represivas y la cuidadosa gestión del trabajo de masas generan una estructura muy difícil de desarticular por parte de los Estados.

Estas dinámicas generaron una gran dependencia en torno a la figura del cuadro político, el cuál era el encargado de dinamizar y gestionar la vida política de la célula del Partido y de orientarla en los objetivos que marcaba la dirección central en el exilio. Este canal comunicativo generaba, por otro lado, serias dificultades en el momento en el que estos dirigentes caían

en manos de las fuerzas represivas. Esta construcción orgánica desde el centro era la única forma, por otro lado, de establecer conexiones seguras con las propias masas que orbitaban alrededor de las células del Partido. Dicho en terminología más alejada de los vocablos militantes que utilizaban los partidos comunistas, la única garantía de hacer llegar la política a los trabajadores fabriles era garantizar que esa vía de recepción de materiales, elaboración de análisis y difusión de propaganda estuviera bien engrasada. A ello prestó especial atención Antonio Gramsci, quien en el contexto de la Italia fascista pone énfasis en la relación entre los dirigentes, el partido y la masa como una dinámica central en la formación de la conciencia de clase. En la España de posguerra, los sindicatos clandestinos y los partidos de izquierda, como el PCE, asumieron roles similares a los que Gramsci describe. Estos actores funcionaron como organizadores y catalizadores de la resistencia obrera, promoviendo la solidaridad de clase y la identidad proletaria en un contexto de brutal represión.

«1) Un elemento indefinido, de hombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina y su fidelidad, mas no el espíritu creador y con alta capacidad de organización. Sin ellos el partido no existiría, es verdad, pero es verdad también que el partido no podría existir «solamente» con ellos. Constituyen una fuerza en cuanto existen hombres que los centralizan, organizan y disciplinan, pero en ausencia de esta fuerza cohesiva se dispersarían y se anularían en una hojarasca inútil. [...]»

2) El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas contaría cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohe-

sión, que centraliza y disciplina y sin duda a causa de esto está dotado igualmente, de inventiva (si se entiende «inventiva» en una cierta dirección, según ciertas líneas de fuerzas, ciertas perspectivas y también ciertas premisas). Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual sin embargo tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes. Tan es así que un ejército ya existente sería destruido si le llegasen a faltar los capitanes, mientras que la existencia de un grupo de capitanes, acordes entre sí, con fines comunes, no tarda en formar un ejército aún donde no existe.

3) Un elemento medio, que articula el primero y el segundo, que los pone en contacto, no sólo «físico» sino moral e intelectual. En la realidad, para cada partido existen «proporciones definidas» entre estos tres elementos y se logra el máximo de eficacia cuando tales «proporciones definidas» son alcanzadas.

Partiendo de estas consideraciones, se puede decir que un partido no puede ser destruido por medios normales cuando existe necesariamente el segundo elemento, cuyo nacimiento está ligado a la existencia de condiciones materiales objetivas (y si este elemento no existe todo razonamiento es superfluo), aunque sea disperso y errante, ya que no pueden dejar de formarse los otros dos, o sea el primero que forma necesariamente el tercero como su continuación y su medio de expresarse.

Para que esto ocurra es preciso que haya surgido la convicción férrea de que es necesaria una determinada solución de los problemas vitales. Sin esta convicción no se formará más que el segundo elemento, cuya destrucción es más fácil a causa de su pequeño número. Sin embargo, es necesa-

rio que este segundo elemento si fuera destruido dejé como herencia un fermento que le permita regenerarse»^[7].

La estructura dirigente-partido-masa se manifestó en la forma en que líderes obreros locales actuaron como intermediarios entre el partido y la base trabajadora. Estos líderes no solo transmitían directrices políticas, sino que también interpretaban y adaptaban dichas directrices a las realidades locales, fomentando así una cultura de resistencia.^[8] La red de comités de fábrica, por ejemplo, fue esencial para mantener viva la conciencia de clase y coordinar acciones contra el régimen franquista. Durante la posguerra perviven distintos comités de fábrica en muchos puntos del Estado como garantía para la dirección del PCE de que perviviera la correa de transmisión a pesar de la situación de clandestinidad. En casos como el de la fábrica de GIESA, en el que habrá varias células, de facto actuarán como comité los militantes más destacados como Ramón Górriz y Manuel Machín, teniendo una estructura más difusa y en el que primará la capacidad de organización táctica antes que la propuesta estratégica que se venía marcando a nivel internacional^[9].

7.- Antonio Gramsci, «El partido político», *La política y el Estado moderno*, Barcelona, Península, 1971, pp. 83-91.

8.- Uno de los estudios pioneros en esta línea es el de Sebastian Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Barcelona, Institución Alfons el Magnánim, 1994.

9.- Para entender el papel de estos comités de fábrica en la España de posguerra es interesante conocer la obra de Carlos Fernández Rodríguez, *Los otros camaradas: El PCE en los orígenes del franquismo (1939-1945)*, Zaragoza, PUZ, 2020. Para ver otros contextos en la aplicación de la estructura de organización celular y de dirección de los Partidos Comunistas, marcada por la Internacional Comunista hasta su disolución, es bastante esclarecedor el artículo de Hernán Camarer y Diego Ceruso, «Las estrategias en el lugar de trabajo del Partido Comunista de Argentina

Al respecto de estos comités, según los propios documentos internos del PCE, los miembros que los integraban debían ser «los militantes más capaces y combativos, más ligados al movimiento de masas»^[10]. Esta premisa, en aquellos casos en los que la estructura tenía a ser más ligera, reforzaba al final el papel de los cuadros dirigentes como referentes de la militancia de base limitando también las posibilidades de una caída al permanecer los distintos grupos celulares inconexos entre ellos. Por otro lado, la relación entre el partido y la masa también implicaba un esfuerzo constante por adaptar las ideologías y tácticas a las condiciones cambiantes. Esto se veía en la necesidad de reconfigurar las estrategias políticas en respuesta a la represión y las fluctuaciones en la economía. La capacidad del partido para mantenerse relevante y conectado con las experiencias cotidianas de los obreros fue crucial para su éxito.^[11]

De por sí, históricamente, uno de los quebraderos de cabeza de los partidos comunistas había sido la intervención entre las masas y la elevación de conciencia de las mismas. Enardecidos debates habían llevado a los principales teóricos del marxismo militante como Lenin^[12], Rosa Luxemburgo^[13] o el propio Gramsci antes citado a hacer profundas elaboraciones sobre la correcta forma de trabajar por parte del

desde sus orígenes hasta 1943: células, comités de fábrica y comisiones internas», *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 14, (2014), sin paginación.

10.- Partido Comunista de España, «Estructura del Partido Comunista de España», *Cuadernos de Educación Política*, Serie B, nº2, 1958, p. 10.

11.- Xavier Domènech, *Lucha de clases, franquismo y democracia*. pp. 138-150

12.- La principal publicación que trata este tema es Vladimir Lenin, «¿Qué hacer?, problemas candentes en nuestro movimiento?», O. E., t. 2, Moscú, Progreso, 1973, pp. 1-187.

13.- Sobre la conexión entre el partido de vanguardia y las masas, ver Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2002.

Partido con los obreros y obreras de sus países. Este quebradero de cabeza, con la prohibición de los Partidos Comunistas en los países fascistas, se multiplicó y llevó a una politización mucho más soterrada y discreta, que no por ello cómplice con los nuevos régimenes. Esta politización se dio, en gran medida, a través de la transmisión de las experiencias vividas previas a la guerra en el entorno más inmediato dejando a un lado las grandes asambleas hasta tiempos posteriores.

«A menudo, las palabras ni siquiera son necesarias en condiciones de estricta clandestinidad. Salvo breves coyunturas en las que se relaja la presión represiva, las asambleas son un hecho muy infrecuente hasta bien avanzados los años 60 y, dado el riesgo que entrañan, no constituyen un escenario para el debate sino para revalidar liderazgos. [...] Durante largo tiempo, el resurgir del movimiento obrero ha de retrotraerse a formas pre-sindicales como la creación de comisiones de trabajadores que plantean peticiones o negocian en nombre de sus compañeros, constatando la escasa operatividad de los sindicatos clandestinos en un contexto tan represivo»^[14].

Uno de los aspectos más interesantes de este proceso es la relación entre continuidad y ruptura en la formación de la nueva clase obrera. No podemos hablar de una cesura absoluta entre las generaciones de trabajadores. Los obreros de los años cincuenta y sesenta no surgieron de la nada; llevaban consigo un bagaje cultural y social que influyó en su forma de percibir la realidad. Aunque muchos de estos trabajadores provenían del campo y no tenían una tradición directa de clase obrera industrial,

14.- Rubén Vega, «Instinto de clase y resistencias obreras en Asturias bajo la dictadura franquista», *Revista Mundos do Trabalho*, 11, vol. 6 (2014), p. 236.

su experiencia vital les proporcionaba una serie de percepciones políticas y culturales que facilitaron su integración en el mundo laboral urbano^[15].

Esta interacción entre lo nuevo y lo viejo se dio en dos espacios clave: el barrio y la fábrica. En ambos, los trabajadores se socializaban, aprendían de los veteranos y adquirían una conciencia de clase que no solo era cultural, sino también material. La fábrica, en particular, se convirtió en un espacio de resistencia donde el régimen franquista tenía serias dificultades para imponer su control, como reconocían incluso sus propios dirigentes. A pesar de los intentos de encuadramiento corporativo mediante la Organización Sindical Española (OSE), la fábrica seguía siendo un lugar hostil al franquismo, un espacio donde la identidad obrera seguía viva.

Los estudios de José Antonio Pérez^[16] y Javier Tébar^[17] son particularmente útiles para entender cómo estos espacios urbanos contribuyeron a la creación de una identidad de grupo. La identidad obrera no era solo una conciencia de clase, sino también una cultura militante que se desarrollaba en los barrios y en los centros de trabajo, donde los militantes clandestinos desempeñaban un papel crucial en la politización del conflicto.

Entendiendo la conciencia de clase no como un mero reflejo de la situación material percibida por el sujeto sino como un proceso activo de autoconciencia^[18]. En la

15.- Carlos Forcadell y Laura Montero, «Del campo a la ciudad: Zaragoza en el nuevo sindicalismo de CCOO.» en David Ruiz(coord.), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1993, p. 315-344.

16.- José Antonio Pérez, *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

17.- Javier Tébar (coord.), *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica*. Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

18.- Georg Lukàcs, *Historia y conciencia de clase*, Madrid,

España de posguerra, este proceso se vio claramente en la manera en que los obreros internalizaron y articulaban sus experiencias de explotación y resistencia. La conciencia de clase en este período fue forjada a través de la participación en luchas cotidianas, huelgas y actividades clandestinas, pero también en los ámbitos de socialización que se percibían como propios como podían ser la fábrica, el barrio y el pueblo.

Las fábricas, como núcleos de producción y explotación, también se convirtieron en nodos vitales del antifranquismo. Los trabajadores desarrollaron una conciencia crítica de su situación y, a través de la organización y la resistencia, transformaron estos espacios en bastiones de oposición política percibidos por el franquismo como lugares hostiles. El análisis de Lukács sobre la conciencia de clase ayuda a entender cómo amplios sectores de trabajadores españoles pasaron de una conciencia «en sí» a una conciencia «para sí», es decir, de una mera identificación con su situación de clase a una comprensión activa y militante de su papel en la lucha contra el régimen.

La llegada de GIESA y la percepción en la sociedad aragonesa

La Zaragoza de posguerra enfrentaba un panorama económico desalentador. Mientras ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao se recuperaban rápidamente de los estragos de la Guerra Civil gracias a su fuerte base industrial y su ubicación estratégica, Zaragoza permanecía rezagada. A pesar de contar con un sector metalúrgico relativamente desarrollado durante el conflicto bélico, la ciudad experimentó una severa contracción industrial tras el final de la guerra. Este estancamiento afectó principalmente a las pequeñas y medianas empresas que

dominaban el tejido productivo local, muchas de las cuales se vieron incapacitadas de adaptarse a las nuevas exigencias del mercado en un país devastado por el conflicto y bajo las restricciones económicas del régimen franquista.

La falta de materias primas, como el hierro y el cemento, y las limitaciones impuestas por el intervencionismo estatal obstaculizaron el crecimiento industrial de la región. A esto se sumaba la ausencia de un puerto o una infraestructura de comunicaciones adecuada, lo que colocaba a Zaragoza en una posición de desventaja frente a las ciudades costeras como Bilbao y Barcelona, que contaban con una logística más eficiente para la exportación e importación de bienes. En este contexto, la llegada de Guiral Industrias S.A. (GIESA) al zaragozano barrio de San José en 1945 representó un soplo de aire fresco en la asfixiante realidad económica de la ciudad, aportando un nuevo impulso al sector industrial que se encontraba estancado.

La burguesía aragonesa, representada por instituciones como la Cámara de Comercio de Zaragoza, reconoció la necesidad urgente de reactivar la industria local como motor de crecimiento económico. Con la aquiescencia de los jerarcas locales del régimen, lograron atraer a empresas como GIESA, que desempeñaron un papel fundamental en la revitalización del tejido productivo de la ciudad. En este sentido, la llegada de GIESA no solo significó la creación de empleo y el aumento de la producción, sino que también fue el primer paso en un proceso más amplio de industrialización que, en décadas posteriores, sería reforzado por políticas como los Polos de Desarrollo impulsados por el régimen franquista.

La adquisición de la finca «Villa Asunción», junto al Palacio Larrinaga, por parte de la empresa marcó un hito en la industrialización de Zaragoza, especialmente en

Sarpe, 1984, pp. 132-136.



Imagen aérea de GIESA tomada en 1953 (Arxiu Nacional de Catalunya).

el sector metalúrgico. En un contexto donde las empresas locales luchaban por adaptarse a las nuevas demandas del mercado, GIESA destacó como la mayor empresa del sector del metal en la ciudad. Durante muchos años, mantuvo el mayor número de trabajadores en este sector, lo que le confería un papel central no solo en términos productivos, sino también sociales y laborales.

La importancia de GIESA no puede entenderse sólo en términos de su capacidad productiva, sino también por el impacto que tuvo en la percepción pública respecto a las condiciones laborales. A diferencia de otras fábricas que operaban en Zaragoza, GIESA era vista como una empresa que ofrecía mejores condiciones a sus empleados. Isidro Pradal, uno de los trabajadores de la fábrica y militante del PCE, señalaba en una entrevista que «las condiciones de

trabajo en otras empresas eran infumables en comparación con la GIESA», esta percepción que tenía la sociedad zaragozana sobre la situación laboral en GIESA estaba estrechamente ligada a la organización clandestina del PCE dentro de la fábrica, que era la organización tras la mayor parte de reclamaciones de mejora en las condiciones de trabajo de los obreros de dicha fábrica. Pradal explicó cómo, a pesar de la represión política del régimen franquista, la organización comunista en GIESA, compuesta por entre 15 y 18 militantes en una plantilla de 1200 trabajadores^[19], influía directamente en el ambiente laboral: «se notaba en el respeto a los chavales y a los demás trabajadores porque se luchaba ya, se

19.- Si bien la empresa GIESA llegó a tener más de 1500 trabajadores en 1975, las cifras más altas de todo el sector, durante los años 40 y 50 el número era bastante menor de lo que recuerda Isidro Pradal, oscilando entre los 400 y los 600 trabajadores en esos años.

luchaba de una forma muy clandestina»^[20]. Esta percepción de una lucha no solo legítima sino también útil en el corto plazo favoreció tanto la extensión de la organización como la referencialidad de los líderes que había tras ella, los cuales se repartían no solo las tareas sino los distintos grupos de compañeros a los que acercarse con una precisión milimétrica en función de las características de cada cuadro dirigente. De esta manera, por ejemplo, Manuel Machín fue el encargado desde el principio de velar por las condiciones de trabajo de los aprendices debido a su cierto carácter paternista, una actitud de la que luego se verán beneficiados muchos de sus compañeros de prisión en Carabanchel cuando ejerció de «madre» de la comuna^[21].

La GIESA, en el contexto de un proceso más amplio de industrialización, significó no sólo un aumento en la producción y el empleo, sino también la introducción de prácticas laborales que, en comparación con otras fábricas, mejoraban las condiciones de los trabajadores como podían ser los permisos y adaptaciones horarias para estudiar formaciones técnicas, el especial cuidado de los aprendices y el pago de puntos para familias en situación de vulnerabilidad. Esto reflejaba una realidad particular de la Zaragoza industrial de la época, donde el activismo clandestino de las organizaciones obreras, aunque perseguido, lograba avances significativos en términos

20.- Las tres citas se corresponden con la entrevista a Isidro Pradal el 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

21.- Tras su detención y posterior condena de cárcel tras la caída de 1963, Manuel Machín fue elegido por sus compañeros como «madre» de la comuna de presos en Carabanchel, donde fue el encargado de distribuir la comida que donaban las familias entre curiosos y célebres compañeros de celda como, entre otros, Chicho Sánchez Ferlosio y Federico Jiménez Losantos. Entrevista a Manuel Machín, 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

de derechos laborales y respeto dentro del entorno de trabajo. A diferencia de otras fábricas donde la organización obrera era débil, GIESA se caracterizó por tener una estructura clandestina sólida que se traducía en mejoras en las condiciones de trabajo y en una mayor conciencia de clase entre sus empleados.

Los militantes del Partido Comunista en GIESA desarrollaron estrategias de resistencia y lucha, en un contexto donde cualquier tipo de organización obrera era perseguida por el régimen franquista. Como señaló Pradal: «de cualquier cosa sacábamos una pega que reclamar»^[22]. Esta forma de organización clandestina no solo permitía a los trabajadores defender sus derechos, sino que también generaba un ambiente de solidaridad entre ellos, algo que era fundamental para la cohesión interna en un periodo de represión y control político. En este sentido, GIESA se convirtió en un bastión del activismo obrero en Zaragoza, demostrando que incluso en las circunstancias más adversas, la lucha por mejores condiciones laborales podía prosperar.

El impacto de GIESA en Zaragoza no se limitó al ámbito laboral o productivo. La localización de la fábrica en el sector de Miraflores tuvo importantes repercusiones en la expansión urbana de la ciudad. Esta zona, que incluía otras grandes fábricas como la Fábrica de Cementos, Tranvías de Zaragoza y la Estación de Utrillas, se caracterizaba por un bajo desarrollo residencial, a pesar de su creciente concentración industrial.

La instalación de GIESA y otras fábricas en Miraflores llevó a una reestructuración de la planificación urbana en la zona, que hasta entonces había estado mayormente destinada a actividades agrícolas y fabriles. Según

22.- Entrevista a Isidro Pradal el 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

Ramón Betrán Abadía^[23], se proyectó una unidad de barriada de 9,56 hectáreas en la zona, con la construcción de 1.024 viviendas y una capacidad proyectada para albergar a 5.648 habitantes. Esta expansión urbana fue una respuesta directa a la creciente necesidad de alojar a los trabajadores que llegaban a la ciudad en busca de empleo en las fábricas de la zona, incluyendo GIESA.

El desarrollo de esta área urbana reflejaba un patrón común en muchas ciudades industriales de la época, donde la expansión de la industria impulsaba la creación de nuevos barrios obreros. En el caso de Zaragoza, el sector de Miraflores se convirtió en un polo de desarrollo tanto industrial como residencial, impulsado por la presencia de GIESA y otras grandes empresas. La creación de viviendas en esta zona no sólo satisfacía la demanda de alojamiento, sino que también facilitaba la integración de los trabajadores en la vida económica y social de la ciudad, contribuyendo al crecimiento demográfico de Zaragoza^[24].

El desarrollo industrial de Zaragoza en la posguerra no puede entenderse sin hacer referencia a las políticas económicas del régimen franquista. A pesar de las restricciones impuestas por el intervencionismo estatal, la burguesía aragonesa, a través de la Cámara de Comercio, jugó un papel activo en la promoción de la industria local. En un contexto de dificultades económicas y escasez de recursos, el interés de la burguesía por dinamizar la producción industrial fue clave para la atracción de empresas como GIESA.

Estas políticas de impulso industrial, aunque limitadas en un principio, se consolidarían en las décadas siguientes con los Polos de Desarrollo, un conjunto de medi-

das económicas destinadas a fomentar la industrialización en áreas consideradas de interés estratégico. Zaragoza se benefició de estas políticas, que permitieron consolidar la industria metalúrgica y otras áreas productivas en la ciudad. Aunque GIESA ya estaba establecida antes de la implementación de los Polos de Desarrollo, su éxito y crecimiento sirvieron como ejemplo del potencial industrial de la región.

La llegada de los Polos de Desarrollo representó una segunda ola de industrialización en Zaragoza, que permitió la expansión de empresas existentes y la atracción de nuevas inversiones. En este sentido, GIESA fue una precursora de este proceso, al establecer un modelo de empresa que combinaba alta capacidad productiva con una organización obrera significativa, en un entorno industrial que estaba destinado a crecer en las décadas siguientes.

A pesar del crecimiento industrial que experimentó Zaragoza con la llegada de GIESA y otras empresas, la ciudad seguía siendo un centro industrial secundario en comparación con Madrid, Barcelona y Bilbao. Estas ciudades, con una base industrial mucho más consolidada y mejores infraestructuras superaban con creces a Zaragoza en términos de capacidad productiva y dinamismo económico.

Sin embargo, el caso de Zaragoza ofrece una perspectiva distinta sobre el proceso de industrialización en España. Al no contar con los mismos recursos que las grandes ciudades industriales, Zaragoza desarrolló un tejido productivo más modesto pero igualmente significativo, especialmente en el sector metalúrgico. El estudio de Zaragoza como un centro industrial secundario permite entender cómo la industrialización afectó a regiones que no recibieron el mismo nivel de inversión y atención que los grandes centros urbanos.

La llegada de GIESA representó un hito

23.- Ramón Betrán Abadía, *Una y grande, ciudad y ordenación urbana en Zaragoza (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 308.

24.- Ramón Betrán Abadía, *Una y grande*, p. 308.

en el proceso de industrialización de la ciudad. A través de su papel como la mayor empresa del sector metalúrgico, GIESA no solo contribuyó al crecimiento económico de Zaragoza, sino que también dejó una marca profunda en el movimiento obrero y en la expansión urbana. Su legado perdura como un ejemplo del potencial industrial de Zaragoza en un contexto de dificultades económicas y políticas restrictivas.

La organización comunista en GIESA y su papel en la conflictividad obrera del primer franquismo

El epicentro alrededor del cual se articula la reorganización comunista en Zaragoza es la figura de Antonio Rosel Orós, conocido popularmente como el Abuelo. En torno a su liderazgo gravitaban otros miembros destacados, entre los que cabe mencionar a Miguel Galindo, quien falleció recientemente, y a Manuel Gil, reclutado por Rosel en los Talleres Florencio Gómez poco tiempo después de su liberación del penal de Alcalá de Henares en 1947. Antonio Rosel, acompañado en esta tarea por su esposa, Esperanza Martínez, y su hijo, también llamado Antonio, asumió la dirección del grupo^[25]. Gradualmente, lograron establecer contacto con otras células del PCE que operaban en Zaragoza, pero que hasta entonces permanecían desconectadas entre sí o mantenían una relación tenue con la dirección central. Un ejemplo notable de esta integración es la célula dirigida por Miguel Galindo, que tenía vínculos en el ámbito rural gracias a los contactos de su líder, originario de Ejea, con los trabajadores agrícolas. Asimismo, otro grupo relevante fue el liderado por Miguel Ángel Sarría, compuesto principalmente por intelectuales y

profesionales liberales.

El grupo original, surgido en los Talleres Florencio Gómez, ubicados en el barrio zaragozano de las Delicias, pronto se dispersó por diversas industrias clave de la ciudad, con el propósito de difundir la ideología del Partido Comunista y fortalecer su estructura organizativa. Entre estas empresas destaca GIESA, a la que lograron acceder gracias a la relación de amistad entre Ramón Górriz, trabajador en dicha fábrica desde 1946, y Rafael Casas, ya militante del PCE. Fue Casas quien presentó a Antonio Rosell como el principal líder de la organización en Aragón, consolidando así la expansión del movimiento comunista en la región alrededor de 1951^[26].

En el contexto de la resistencia sindical clandestina durante el franquismo, la experiencia de los trabajadores de GIESA ofrece un relato singular sobre la organización obrera, la lucha por mejoras laborales y la represión gubernamental. Este relato, enmarcado en las décadas posteriores a la Guerra Civil española, refleja el papel crucial de GIESA como uno de los núcleos de resistencia obrera en Zaragoza.

Isidro Pradal, trabajador y militante del partido, ilustra la dureza de las condiciones laborales en comparación con otras empresas de menor tamaño, y cómo, a pesar de la represión, se lograron avances significativos. «En la clandestinidad más dura había que ser muy clandestino y muy duro», afirma Pradal. En sus memorias, menciona cómo se organizó el núcleo comunista en la empresa desde su entrada en 1954, momento en que GIESA contaba con aproximadamente 1.200 trabajadores. La organización clandestina ya estaba consolidada con alrededor de 15 militantes del PCE. Como Pradal menciona: «Ya había unos 15 militantes

25.– Entrevista a Antonio Rosel Martínez de 23 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

26.– Entrevista a Ramón Górriz, 19 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo de CCOO en Aragón.

del PCE en GIESA. Sobresalían Manuel Machín y Ramón Górriz, unos tíos valientes de verdad»^[27]. Estas palabras subrayan la fortaleza y determinación del liderazgo sindical en una época en que cualquier manifestación de disidencia podía acarrear severas consecuencias.

El objetivo principal no era tanto la propia organización en lo interno sino la difusión en el ámbito de actuación de dichas células de la política del PCE y de las tablas reivindicativas que permitían agitar a los compañeros para reclamar mejoras concretas. Esto hizo que la capacidad organizativa de estas células excediera los marcos celulares y permitiera experimentar con comisiones de trabajadores que siempre eran dirigidos por los militantes de estas células. Al fin y al cabo, la actuación de estas células no era otra más que la de ser el elemento más consciente y capaz de organizar al resto de compañeros de trabajo en pos de objetivos comunes, independientemente de que estos compañeros no formaran parte de la organización partidaria.

El flujo de trabajo militante era muy alto, siendo común que los dirigentes tuvieran entre 2 y 3 reuniones celulares entre semana junto a escapadas el fin de semana con los militantes más destacados de Zaragoza para trazar las vías de actuación a nivel local y regional, funcionando de una manera casi profesional y con dedicación prácticamente absoluta a la extensión de la organización partidaria.

En este sentido, el liderazgo de figuras como Ramón Górriz, apodado «Molotov»^[28], y Manuel Machín fue fundamental. Górriz detalla cómo el PCE se organizó en pequeñas células, cada una con tres integrantes.

27.– Entrevista a Isidro Pradal el 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

28.– Lo cuenta en la entrevista antes citada Isidro Pradal, relacionándolo con la gran referencialidad que tenía en la plantilla.

Esta estructura permitió el surgimiento de un Comité Sindical clandestino que canalizaba las demandas de los trabajadores, una estrategia que, aunque riesgosa, demostró ser efectiva. «Éramos la empresa de Zaragoza con más gente del Partido, junto con Tudor», recuerda Górriz, mostrando la importancia de GIESA en la estructura sindical clandestina de la ciudad^[29].

El objetivo principal no era tanto la propia organización en lo interno sino la difusión en el ámbito de actuación de dichas células de la política del PCE y de las tablas reivindicativas que permitían agitar a los compañeros para reclamar mejoras concretas. Esto hizo que la capacidad organizativa de estas células excediera los marcos celulares y permitiera experimentar con comisiones de trabajadores que siempre eran dirigidos por los militantes de estas células. Al fin y al cabo, la actuación de estas células no era otra más que la de ser el elemento más consciente y capaz de organizar al resto de compañeros de trabajo en pos de objetivos comunes, independientemente de que estos compañeros no formaran parte de la organización partidaria.

La importancia que GIESA tenía para el PCE en Zaragoza se percibía claramente en la composición del primer Comité Sindical del partido en la ciudad, formado por Manuel Gil, responsable de movimiento sindical del PCE en Zaragoza, y los tres dirigentes del PCE en GIESA: Manuel Machín, Ramón Górriz y Rafael Casas^[30]. Las atribuciones de este comité era recorrerse en bicicleta las principales industrias zaragozanas y tratar de establecer contacto con las plantillas de trabajadores, captando sus inquietudes y reclamaciones y tratando de engarzarlas con la denuncia general del partido comunista.

29.– Entrevista a Ramón Górriz, 19 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo de CCOO en Aragón.

30.– Entrevista a Ramón Górriz, 19 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo de CCOO en Aragón.

La primera victoria por parte de la organización clandestina vino incluso antes de la entrada de Ramón Górriz al PCE, en el marco de las elecciones a enlace sindical de 1948. Desde la fundación de la empresa y su traslado a la calle Miguel Servet el puesto de enlace sindical lo había ocupado el hermano mayor de Ramón Górriz, militante de Falange Española y con cierta referencialidad dentro del Sindicato Vertical. Armándose de valor y de poca empatía familiar, Ramón Górriz decidió aprovechar la hegemonía de la que gozaba dentro de la plantilla para plantear una candidatura alternativa a la de su hermano obteniendo una mayoría absoluta que le valió la felicitación del gerente de la empresa, el cual era desconocedor de la filiación marxista de Ramón^[31].

También hubo momentos para prácticas sindicales mucho más discretas, como era el caso de la ausencia de gran parte de la plantilla en las visitas que hacían los frailes a la empresa. Estas ausencias se interpretaban como un acto de lucha política y de denuncia de la connivencia de la Iglesia con el nuevo régimen y portaba una gran carga de simbolismo anticlerical que enraizaba con buena parte de la tradición obrera presente en el imaginario colectivo. También entre la intervención política se dejaba notar entre los aprendices, los cuales recibían con frecuencia a instructores de «formación en el espíritu nacional» a los que hostigaban con preguntas incómodas sobre el régimen y la política internacional hasta que éstos renunciaban a volver a la empresa^[32].

Una de las acciones más significativas fue la huelga de 1956, la conocida como huelga de los puntos, una de las más significativas dentro del marco laboral de la empresa durante el franquismo, se originó

a raíz del retraso en el pago de los denominados «puntos». El sistema de puntos funcionaba como una compensación adicional al salario base, donde el 10% de la nómina de cada trabajador era destinado a un fondo común, y su redistribución se efectuaba con base en la situación personal de cada empleado. En este sentido, a un trabajador casado cuya esposa no trabajaba se le otorgaban 5 puntos; por cada hijo, 1 punto; y para aquellos trabajadores con responsabilidades familiares especiales, como una madre viuda, se añadían otros 5 puntos, más 1 punto por cada hermano a cargo.

Este sistema generaba una diferencia en los ingresos anuales de los trabajadores, donde, por ejemplo, un salario inicial semanal podía rondar las 48 pesetas, pero los puntos acumulados a lo largo del año permitían alcanzar cifras superiores a las 600 pesetas. Los trabajadores jóvenes, que no cobraban puntos por depender aún de sus padres, participaban igualmente de este fondo.

En 1956, tras un retraso de dos meses en el pago de estos puntos, los trabajadores llevaron a cabo una huelga simbólica de dos horas que expresaba su descontento por la demora. La protesta se intensificó en el tercer mes de impago, momento en el que los funcionarios del Servicio de Vigilancia (SV) intervinieron, indagando acerca de los investigadores de la huelga. No obstante, pese a esta intervención, no se aplicaron sanciones significativas, lo que sugiere una notable cohesión obrera y una capacidad limitada del régimen para reprimir este tipo de manifestaciones en contextos de injusticia salarial tan evidentes. Este episodio refleja no solo las tensiones laborales en GIESA durante la década de 1950, sino también la forma en que los trabajadores resistían de manera colectiva y organizada, incluso en el marco de un régimen autoritario.

La relación entre los trabajadores de

31.- Entrevista a Ramón Górriz, 19 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo de CCOO en Aragón.

32.- Entrevista a Isidro Pradal el 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

GIESA y el régimen franquista se enmarca dentro de un contexto más amplio de control y represión, donde cualquier forma de disidencia era castigada severamente. El testimonio de Julio Carcas refuerza la sensación de estar constantemente vigilado: «Muchas veces me bajé del autobús o del tranvía en marcha porque tenía la sensación de que me seguían», una práctica común entre quienes participaban en actividades clandestinas^[33]. De igual forma, Manuel Machín recuerda cómo él y otros compañeros «siempre mirábamos con disimulo a los escaparates como si fueran espejos por si estaba la policía detrás»^[34].

Dentro de este clima de represión, el régimen franquista intentó, no obstante, establecer mecanismos formales de negociación colectiva que, en teoría, debían equilibrar los intereses entre patronos y trabajadores. En 1958, la promulgación de la Ley de Convenios Colectivos marcó un cambio importante en las relaciones laborales. Esta ley otorgaba a los jurados de empresa, compuestos por representantes de los trabajadores y de la dirección, la potestad de negociar las condiciones laborales. Aunque limitada por el sindicalismo vertical y bajo la constante supervisión del Ministerio de Trabajo, la Ley de 1958 ofreció nuevas oportunidades para los obreros, a pesar de estar inmersos en un sistema represivo que negaba la libre negociación. Como explica Babiano, nunca a lo largo del franquismo tuvieron los trabajadores capacidad contractual reconocida por el Estado para pactar libremente condiciones de trabajo y que este pacto adquiriera rango de norma^[35].

33.- Entrevista a Julio Carcas, 19 de noviembre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

34.- Entrevista a Manuel Machín, 30 de octubre de 2007. Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

35.- José Babiano, «¿Perspectivas globales vs. enfoques locales? Notas sobre el trabajo y los trabajadores durante el

A pesar de las restricciones, las empresas pudieron aprovecharse de un marco normativo flexible, lo que les permitió operar con comodidad en términos de contratación y despidos. La Ley de Reglamentaciones de Trabajo de 1942 había conferido al Ministerio de Trabajo el control total sobre las condiciones laborales, privando a los trabajadores de cualquier poder de intervención. Sin embargo, a medida que avanzaba la década de 1950, la Ley de Convenios Colectivos introdujo una cierta capacidad de negociación, aunque siempre dentro de los rígidos límites del sindicalismo oficial.

Este cambio normativo, aunque limitado, abrió algunas rendijas para la organización obrera. Las Comisiones Obreras, una organización nacida dentro del propio sindicalismo vertical con el objetivo de aprovechar las grietas del sistema, comenzaron a ganar terreno. Como se ha señalado, los «enlaces sindicales», figuras clave en el proceso de negociación colectiva, a menudo no representaban los verdaderos intereses de los trabajadores, lo que generó una creciente desconfianza. Esta deslegitimación fue aprovechada por organizaciones clandestinas como Comisiones Obreras, que, mediante la táctica del «entrismo», intentaron infiltrar sus propios representantes en estos órganos.

El papel de Ramón Górriz como líder sindical en GIESA ejemplifica esta dinámica de resistencia. Como señala Felipe Prat, quien también trabajó en GIESA, la capacidad de Górriz para enfrentarse a la dirección le granjeó un respeto significativo entre sus compañeros: «Górriz se convirtió en líder, pues demostró ser capaz de enfrentarse a la empresa»^[36]. Además, Górriz fue capaz

franquismo», en Alberto Sabio y Carlos Forcadell (coords.), *Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003)*, Barbastro, UNED, 2005, p. 111.

36.- Entrevista a Felipe Prat de 6 de noviembre de 2007.

de lograr mejoras tangibles para los trabajadores, como la eliminación de los cacheos a la salida de la empresa, una práctica humillante que se aplicaba bajo la sospecha constante de robo.

El contexto de represión, sin embargo, no se limitaba a GIESA. En 1956, el entonces Ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco, decretó una paga extraordinaria de 21 días, una medida que muchas empresas se negaron a implementar. En respuesta, los trabajadores de Escoriaza, otra empresa importante de Zaragoza, protagonizaron una de las primeras manifestaciones en Aragón tras la Guerra Civil. Rafael Ruiz, uno de los líderes de la marcha, relató cómo esta protesta, que recorrió la ciudad hasta la sede central de Sindicatos, marcó un punto de inflexión en el movimiento obrero local. Esta manifestación, aunque pacífica, estuvo bajo la amenaza constante de represión violenta, como lo ejemplifica la advertencia del gobernador civil de Zaragoza a Górriz y otros líderes obreros: «Estoy dispuesto a bañarlos en sangre»^[37].

En conclusión, GIESA fue un espacio de lucha y resistencia obrera en una época marcada por la represión y el control estatal. La clandestinidad del PCE dentro de la empresa, así como la capacidad organizativa de sus líderes, permitió la consecución de mejoras laborales en un contexto hostil. Las reformas legales del franquismo, aunque introdujeron algunos mecanismos de negociación colectiva, no eliminaron las tensiones inherentes a la lucha de clases, un conflicto que seguiría evolucionando en las décadas posteriores.

La caída de 1958

En el contexto de una dictadura franquista consolidada y ante las dificultades para derrocar al régimen mediante acciones guerrilleras, el PCE implementó un cambio estratégico en 1956. Este viraje se formalizó a través de una declaración política que llamaba a la reconciliación nacional, con el objetivo de agrupar a diversos sectores opuestos al régimen bajo una consigna unificadora. En ella, el partido se dirigía a una amplia gama de actores políticos, desde monárquicos y democristianos hasta nacionalistas y socialistas, con el fin de consolidar una alianza para derrocar al franquismo. Este cambio de rumbo marcó la línea estratégica del PCE hasta el final de la dictadura, en lo que se ha denominado la «Política de Reconciliación Nacional».

Como bien señala Carme Molinero, esta declaración tenía un carácter tanto ético como político, y proponía alianzas de mínimos con diversos sectores^[38]. No obstante, el contexto en el que se articulaba este cambio en la dirección del PCE era de transformación interna, tanto a nivel generacional como ideológico. La dirección histórica del partido, vinculada a la «vieja guardia» de Moscú, cedía terreno a una nueva dirección más joven y radicada en París, encabezada por figuras como Santiago Carrillo, Ignacio Gallego y Fernando Claudín. Este nuevo liderazgo, consolidado tras el V Congreso del PCE en 1954, abogaba por una estrategia basada en alianzas con otras fuerzas políticas y sociales.

El contexto internacional también contribuyó a este cambio de orientación. El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1956, con la denuncia de los crímenes del estalinismo,

Disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

37.- Entrevista a Ramón Górriz, 19 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo de CCOO en Aragón.

38.- Carme Molinero y Pere Ysàs, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017, pp. 26-29

marcó un giro en las relaciones del movimiento comunista internacional. Para la militancia en el interior de España, sin embargo, las dificultades de comunicación y la limitada recepción de las emisiones de «La Pirenaica» hacían difícil captar en su totalidad estas transformaciones. Esto generó que las bases del PCE en España actuaran en ocasiones de manera autónoma, tomando decisiones sobre acciones concretas que no siempre estaban alineadas con la dirección exterior del partido^[39].

Un ejemplo de esta desconexión entre la militancia interna y la estrategia exterior fue la «Jornada de Reconciliación Nacional» del 5 de mayo de 1958. Esta jornada, pensada para dar un impulso a las movilizaciones obreras que se habían producido en diversas zonas del país en 1956, tuvo eco en empresas como GIESA, en Zaragoza, a través de la conocida «huelga de los puntos». Este conflicto laboral, que surgió por la negativa de la empresa a pagar primas a sus trabajadores, reflejaba una realidad social en la que los obreros estaban más interesados en obtener mejoras laborales concretas que en una estrategia de alianzas políticas, cuyo alcance no entendían ni compartían en su totalidad^[40].

39.- Las incomprendiciones y contradicciones sobre los virajes políticos que se hacían en el exterior son constantes durante toda la posguerra tal y como refleja Fernando Hernández Sánchez, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Madrid, Crítica, 2015, pp. 45-76.

40.- Un desarrollo mayor de los efectos de las movilizaciones por la Política de Reconciliación Nacional en Carme Molinero y Pere Ysàs, «El Partido del antifranquismo (1956-1977)» en Manuel Bueno, José Ramón Hinojosa y Carmen García (coords.): *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, 2 vols., Madrid, FIM, 2007. Un magnífico estudio sobre el papel de la política de reconciliación y la percepción que se tuvo desde el interior aparece en Carme Molinero, «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», Ayer, 66 (2007), pp. 201-225.

La respuesta del régimen franquista fue inmediata y represiva. La huelga de los puntos en GIESA, aunque de carácter local, fue vista por las autoridades como una amenaza a la estabilidad del régimen y fue duramente reprimida. El régimen utilizó estos incidentes para establecer precedentes legales que disuadieran futuros intentos de movilización a gran escala. Esta represión se centró particularmente en los jóvenes militantes comunistas, quienes eran más vulnerables a las presiones policiales. Uno de los casos más notables fue el de Abel Ramiro, un joven militante comunista de Zaragoza que, tras ser detenido y torturado, reveló el nombre de Miguel Ángel Sarría, otro militante del PCE.

El arresto de Sarría y otros miembros del PCE, como Manuel Cazorla, responsable de la multicopista utilizada para la producción de propaganda, supuso un golpe importante para la organización. Estos detenidos fueron juzgados por tribunales militares, siguiendo la normativa vigente que aplicaba la jurisdicción castrense a los opositores al régimen. La sentencia, conocida como la 1129 FA de 1958, estableció un precedente jurídico que sería utilizado en futuras ocasiones para reprimir a la disidencia política.

La organización de GIESA, marcada por el régimen tras los efectos de la huelga del 4 de mayo, acaba cayendo tras un descuido de José Buenacasa, militante del PCE, al decirle al director general de GIESA que la movilización no iba contra la empresa sino contra el gobierno, lo cual inmediatamente sirve para inculpar a los instigadores de realizar una huelga política.

La huelga de los puntos en GIESA y los eventos posteriores demuestran las dificultades a las que se enfrentaba el PCE en su intento de articular una resistencia efectiva dentro de un marco de represión constante. Aunque la estrategia de la reconciliación nacional buscaba aglutinar fuerzas

Nombre	Condena
Antonio Rosel Orós	20 años y un día
Antonio Rosel Martínez	8 años
Manolo Cazorla	8 años
José Tejero	8 años
Miguel Galindo	6 años
Luis Zalaya	6 años
Rafael Tejero	4 años
Manuel Gil	2 años
Rafael Casas	2 años
Ramón Górriz	2 años
Luis Delfa	2 años
Joaquín Orquín	2 años
Jesús Gamboa	2 años
Miguel Ángel Sarría	Libre en el juicio
Manuel Machín	Libre antes del juicio
Jesús de la Hoya	Libre antes del juicio
Andrés Franco	Libre antes del juicio
Rodolfo Solanas	Libre antes del juicio
Salvador Mediano	Libre antes del juicio
Emiliano Marcén	Libre antes del juicio
Abel Ramiro	Libre antes del juicio

Tabla 1. Relación de nombres y condenas de la sentencia 1129 FA de 1958 (Elaboración propia según los datos que aparecen en Javier Delgado y Manuel Gil, *Recuerdo rojo sobre fondo azul*, Zaragoza, Mira, 1995, p. 96).

políticas diversas, la realidad en el terreno mostraba que los trabajadores estaban más enfocados en sus demandas inmediatas, lo que dificultaba la consolidación de una estrategia política unificada. GIESA, como parte del sector metalúrgico de Zaragoza, representaba uno de los principales focos de resistencia obrera, y la represión en esta empresa ilustraba los límites de las posibilidades de movilización en el contexto de una dictadura que utilizaba todos los mecanismos a su disposición para sofocar cualquier conato de oposición.

Esta caída supuso también la primera experiencia con los abogados antifranquistas zaragozanos. La importancia que

tuvieron los bufetes de abogados a la hora de desarrollar el movimiento obrero anti-franquista está fuera de toda duda, tanto a nivel de asesoramiento laboral como, especialmente, en lo relativo a la defensa en los no pocos procesos judiciales en los que se vieron inmersos los militantes del PCE y de las Comisiones Obreras^[41].

Para la práctica totalidad de los detenidos -para todos menos para el Abuelo-, este proceso supuso su primer paso por la cárcel. A algunos, los menos, esta estancia en el Penal de Burgos los quebró por completo

41.- Miguel Ángel Zamora y José Miguel Pérez, *Comisiones Obreras: artífices del moderno movimiento sindical aragonés*, Zaragoza: Fundación Sindicalismo y Cultura, 2011, pp. 81-86.

y provocó que abandonaran la militancia política por un comprensible temor a volver a vivir la tortura en los calabozos. Sin embargo, a la gran mayoría los reafirmó en su compromiso de derrumbar la dictadura.

No son pocos los testimonios de militantes con su paso por la cárcel, lugar donde conocieron a un gran número de cuadros políticos del partido. Otros, de hecho, como es el caso de Rafael Ruiz, fue en prisión donde tomaron conciencia de la importancia de la lucha sindical y política colectiva contra la dictadura. Rafael Ruiz entró libertario a la cárcel y salió comunista^[42].

La desarticulación del grueso del incipiente grupo de dirección del PCE, unida al miedo a la represión, provocó un cierto retroceso en el desarrollo político del movimiento obrero aragonés durante estos años^[43]. Las grandes movilizaciones dieron paso a un trabajo centrado en el uso de la representatividad obtenida en las elecciones a enlaces sindicales, pues un gran número de militantes había obtenido cargo en sus empresas. Debido a la «marca» que suponían las detenciones y la entrada en las listas negras, el núcleo de GIESA en buena medida se disgregó por distintas empresas tras el proceso judicial.

La falta de ese núcleo dirigente, de los principales cuadros políticos de las células clandestinas de la empresa, fueron la causa directa de la disminución en el grado de movilización de la plantilla, acelerando el

42.- Entrevista a Rafael Ruiz de 6 de noviembre de 2007, disponible en el Archivo Histórico de CCOO en Aragón.

43.- Antonio Rosel Orós como principal dirigente, su hijo Rosel Martínez como responsable de organización y Manuel Gil como encargado de dirigir el comité sindical que había conformado y del cual eran parte importante Ramón Górriz y Manuel Machín. Durante este periodo también habían conectado a través del proceso mencionado con anterioridad con el grupo de Miguel Galindo, el cual pasó a encargarse de tareas de extensión al mundo rural. En Javier Delgado y Manuel Gil, *Recuerdo rojo sobre fondo azul*, Zaragoza, Mira, 1995 p.29

proceso de toma de responsabilidades por parte de militantes más jóvenes que de otra manera habrían permanecido en un segundo plano. Esta distorsión en la capacidad de movilización y la obligatoriedad de asumir un papel mayor es la muestra clara de la importancia del papel que tiene el dirigente político en la construcción de la oposición a la dictadura, más aún en un contexto de clandestinidad donde, con frecuencia, la caída del dirigente implicaba la desconexión con el resto de la organización e, incluso, la desaparición de los canales de distribución de propaganda, de ahí el especial cuidado que se tenía por generar vías alternativas y dar paso a militantes a puestos de responsabilidad que permitieran asentar nuevamente la normalidad orgánica. Entre los miembros más destacados que quedan libres y que se encargan de reconstruir la organización encontramos a Fausto Archidona, José Luis Navarro, José Luis González, Isidro Pradal y Felipe Prat.

De hecho, la desestabilización de la organización del PCE en GIESA y la pérdida de sus dirigentes es la razón principal que explica el cese casi total hasta principios de los 60 de movilización en dicha empresa. Esta pequeña reactivación a raíz del clima de movilización que se extendió desde las cuencas asturianas durante 1962 fue duramente reprimido por parte del régimen, a sabiendas de que la única opción era aplicar penas ejemplarizantes a los cabecillas de la movilización, de ahí que se reuniera con frecuencia a los dirigentes del PCE en comisaría con amenazas de bañarlos en sangre hasta que, en 1963, aplicaron penas de cárcel totalmente desproporcionadas a muchos de ellos, entre los que se encontraban Felix Tundidor o Alejandro Flor de Lis, que habían cogido el relevo de Ramón Górriz y Manuel Machín dos años antes^[44].

44.- Para un mayor desarrollo de este período que conti-



Trabajadores de GIESA en el patio central durante una reunión informativa previa a las elecciones sindicales de 1966 (Foto: Gerardo Sancho Ramo, Archivo Municipal de Zaragoza).

Conclusión

La organización clandestina del PCE durante el franquismo tiene un marcado carácter de construcción desde el centro político, representado por el cuadro dirigente, hacia lo externo. La vocación de trabajo de masas y de acercamiento de la política del partido a los trabajadores es evidente pero estos flujos de intervención experimentan caídas profundas en aquellos momentos en los que las cúpulas dirigentes son desarticuladas por el régimen. De esta forma, a través del ejemplo de GIESA y los militantes comunistas que participaron en la consecución de mejoras en las condiciones laborales de la plantilla, vemos como las elaboraciones que hicieron pensado-

núa y que excede el marco de este artículo invito a la lectura de Cristian Ferrer, «La reorganización del movimiento obrero en Zaragoza: de las Comisiones de Unidad a las Comisiones Obreras, 1947-1968», *Historia actual online*, 58 (2022), pp 43-58.

res como Gramsci o Lukàcs al respecto de la construcción del partido político y de la conciencia de clase aplican perfectamente al contexto de la España de posguerra.

Por otro lado, la percepción de la sociedad zaragozana sobre GIESA como una empresa modélica en lo que a condiciones laborales se refiere tiene más que ver con la referencialidad que se da a los cuadros dirigentes que son capaces de organizar a sus compañeros en pos de la lucha por reformas concretas que con la idea de un paternalismo del empresariado que quería asentar el franquismo entre el imaginario colectivo. La demostración de que la lucha y la denuncia sirve y tiene efectos inmediatos fue la máxima garantía para granjearse el apoyo de muchos compañeros a la hora de emprender movilizaciones, combinando en todo momento reclamaciones de tipo económico y denuncias de tipo político.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



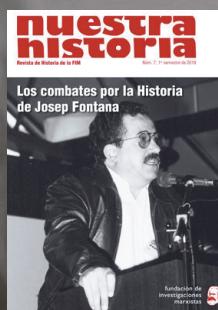
núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

fundación de
investigaciones
marxistas



transform!
europe